

Los pedacitos de patria de Mario Benedetti

Teresa Rosenvinge

INICIAMOS UNA NUEVA SECCIÓN, «LOS DESPLAZADOS», EN LA QUE SE HABLARÁ DE AUTORES QUE, POR MOTIVOS DE TODA ÍNDOLE, DEBIERON O QUISIERON CAMBIAR DE PAÍS Y DE VIDA, Y QUE, DE ALGÚN MODO, SIMBOLIZAN LOS DRAMAS DE LA EMIGRACIÓN. LA PRIMERA ENTREGA ES SOBRE EL URUGUAYO MARIO BENEDETTI, DEL QUE LA EDITORIAL ALFAGUARA ACABA DE PUBLICAR SU LIBRO *VIVIR ADREDE*, DONDE AHONDA EN ESTE TEMA DE TAN CANDENTE ACTUALIDAD: UN MUNDO EN QUE LA INMIGRACIÓN SE HA CONVERTIDO EN UNA REALIDAD NECESITADA DE POLÍTICAS SOLIDARIAS E INTELIGENTES.

Hace dos años aproximadamente, cuando se volvió a publicar en España la obra del escritor peruano Carlos Oquendo de Amat *Cinco metros de poemas*, ese brevísimo y notable libro de versos en el que se reúnen la realidad de sus centímetros inexactos y la de unos versos sencillos y difíciles, volví a leer la singular biografía de este autor y me conmovió de nuevo el relato de vida desordenada y bohemia, los episodios en los se cuenta cómo fue encarcelado y desterrado, cómo se decidió a cruzar el Atlántico y llegó hasta Madrid en los años de la preguerra, con la idea de introducirse en los círculos literarios de la capital; y cómo, finalmente, su sueño no se pudo realizar por falta de oportunidades, a consecuencia de una suerte esquiva y porque su minada salud le llevó a morir en la pobreza más absoluta, en un hospital para tuberculosos en la sierra norte de Madrid, recién iniciada la Guerra Civil.

Surgió entonces la idea de escribir una serie de artículos que se centraran en el tema de los desplazados, poetas y novelistas que por causas diversas, que pueden ir desde la persecución política hasta el simple deseo de cambiar de aires y atesorar nuevas experiencias, han sufrido, o en algunos casos disfrutado, de una segunda vida en un país diferente, y han reflejado esa vida en sus libros. Su mirada es la de un extranjero, pero lo que ven y describen se convierte en parte de la realidad del lugar al que han llegado, en parte de su historia. Tal vez nunca sabríamos del todo quiénes y cómo somos si no nos lo contasen los que vienen de otros mundos y otras culturas.

La experiencia del traslado, de la mudanza física y mental de un país a otro la han vivido, a la fuerza o por propia elección, muchos escritores españoles y americanos. En algunos casos su viaje no era tal, sino una huida, como ocurrió con los exiliados españoles de 1939, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Rafael Alberti y María Teresa León, Emilio Prados y un largo etcétera. Otras veces hubo razones de toda clase, y los desplazados lo fueron por motivos de trabajo o por simples ganas de cambiar, y por eso además del Julio Cortázar argentino, que vivió y dibujó como pocos el París de los latinoamericanos trasterrados; existen el Pablo Neruda que enumeraba los mares, pájaros y piedras de Chile y el nómada perseguido por sus enemigos que recorría América escribiendo el *Canto general*; o el cónsul que relataba su vida en paraísos como Ceilán; o el que vivía en Francia o luchaba en España para defender la República. Existe el Octavio Paz diplomático que dibujó las peculiaridades de la tradición literaria de la India y otras culturas orientales... Y la lista se hace casi infinita: Rosa Chacel, el profesor Ángel González dando clases en Albuquerque, Nuevo México, Estados Unidos; el acostado Juan Carlos Onetti, que pasaba sus días encerrado en su casa de Madrid; el futuro premio Nobel Gabriel García Márquez en Barcelona y un largo etcétera de escritores que terminaron siendo de todos los países en los que vivieron, y de los que puede ser un buen símbolo la voz de Rafael Alberti, en la que, tras vivir veinticuatro años en Buenos Aires y catorce en Roma, se aunaban el acento gaditano, el argentino y el italiano. Toda una metáfora.

Como si Mario Benedetti supiera lo que estábamos tramando, en su último libro *Vivir adrede*, nos ofrece un aforismo que parece hecho para nosotros: «Lo expulsaron de la plaza, o sea que es un desplazado». Desplazado es una buena palabra para describir este sentimiento, por eso es la que da título a esta sección. Los desplazados.

Y es Mario Benedetti el primero de los autores que van a ocupar estas líneas. Su vida es un ejemplo claro de los escritores que han tenido que cambiar de residencia y de país a lo largo de su vida. No deja de ser curioso que hasta su apellido, de obvias resonancias italianas, parezca una metáfora de estas existencias hechas de geografías mezcladas. Su padre, nacido efectivamente en Italia, emigró joven a Uruguay, donde formó una familia. Durante la infancia del autor de *La tregua*, la familia Benedetti tuvo que cambiar de ciudad y, en numerosas ocasiones, de calle y domicilio dentro de la ciudad, cosa que el joven Mario siguió haciendo con el paso de los años, saltando de unos trabajos a otros y pasando muchas horas en las oficinas de las que tanto y tan bien ha hablado en su obra. Vivió en Cuba, y en la Argentina, y en el año 1973, debido al golpe de estado que sufrió su país, se tuvo que exiliar durante doce largos años.

Mario Benedetti eligió Madrid como segunda residencia y en ella ha vivido muchos años. Recientemente ha vuelto a Montevideo y allí es donde ha escrito, tras pasar por momentos muy duros en el plano personal, con la pérdida de su mujer y el abatimiento en que lo sumió esa desgracia, *Vivir adrede*, en el que precisamente se recogen varios textos que aluden al tema que nos ocupa, como el que titula «Patria» donde afirma: «La patria es como el arroz: germina en todas partes, así sea con océanos de por medio. En el exilio uno suele hallar patrias en pedacitos.»

El tema del exilio, de la memoria, de la soledad, de la nostalgia, del vértigo de vivir y formar parte del universo están presentes en textos como «Todas son mías», «Desde lejos», «Irse y volver», «Huellas», «Agujeros en la memoria», «Paisito», y «Salud y libertad». En «Todas son mías» escribe: «Yo soy un ganapán de las ciudades. Con sus glorias y sus congojas, las calles me reciben sin ninguna exigencia. Me ofrecen sus esquinas, sus ventanas, sus puertas. Piso las baldosas y los adoquines y reco-

nozco un aire de familia. Recuerdo que bajo la ducha de un noveno piso de un hotel de Copenhague distinguí los tejados y faroles y una plaza que me recordó a otra de Helsinki. Todas son mías. Está la calle de Milán que me transportó a Buenos Aires, digamos a Rivadavia y a Talcahuano. Todas son mías». Y el texto sigue: «Estas paredes no son las mismas que las de allá, pero las toco como si lo fueran. Hay una evocación alucinada de algo que me pertenece y sin embargo no es mío. Calles y más calles. Esto es ciudad, y punto. Avenidas y arterias que vienen del pasado y quién sabe hasta dónde llegarán. Distritos o parroquias, suburbios o arrabales, las ciudades intercambian su norte y hasta esconden su sur.»

En las vidas de los escritores se han normalizado los viajes y los desplazamientos. Van y vuelven con sus maletas. Llegan y se van de los hoteles. Esto es lo que nos cuenta Benedetti con su prosa aparentemente sencilla, pero profunda y equilibrada, y, como hemos visto, nos hace saber que encuentran en las ciudades nuevas que visitan trocitos de otras ciudades en las que han estado, se sienten extraños y al tiempo reconocen lugares en los que estuvieron. Echan de menos sus casas.

Al exilio se refiere Mario Benedetti en «Desde lejos» con estas palabras: «El exilio, cualquier exilio, es el comienzo de otra historia. Es dolor y a la vez descubrimiento. Uno siente nostalgia de esquinas y arboledas, de lagos y viñedos. Las paredes son otras, el suelo verde es otro. El cielo de la Vía Láctea está vacío... El exilio tiene algo de abandono y de espantos diminutos, de flor de un día». Así lo dice Mario Benedetti. Flor de un día creían también que iba a ser su exilio muchos desterrados españoles, entre ellos Rafael Alberti y María Teresa León, que lo cuentan en sus respectivas autobiografías, *La arboleda perdida* y *Memoria de la melancolía*, pero al final su exilio duró treinta y ocho años. «Obligado o voluntario, el exilio tiene también algo de patria; de segunda patria, claro», termina diciendo Benedetti.

«En irse y volver», Benedetti establece la diferencia que hay entre el exilio y el éxodo: «En el exilio lo ponen a uno de patitas en la frontera y el expulsado se va con su nostalgia a cuestras en busca de otra tierra, otros sabores, otra razón de ser. En el éxodo, en cambio, es uno el que se arranca, el que quiere ser otro. Sin

embargo, exilio y éxodo tienen algo en común: el alrededor, al principio ilegible, que de a poco se aprende.»

Ahora que Mario Benedetti ha regresado a Montevideo, seguramente escribirá lo que siente al haber vuelto. Las ciudades que se abandonan no son las mismas cuando se regresa. Tampoco lo es el que vuelve para contar su viaje ©

